

Última parada:
la casa de muñecas

Miguel Aguerralde

23
ESCALONES
e-ditores independientes

Fotografía de la portada: © Cody Wheeler
Maquetación de la portada: José Antonio Plasencia
Primera edición: mayo, 2012
© Miguel Aguerralde, 2012
© 23 Escalones, 2012
Tijarafe 42, 38390 Santa Úrsula
ISBN: 978-84-15104-55-1
Depósito Legal: TF-461-2012

www.23escalones.com

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito.

*A mi ciudad
y a su gente.*

Un lugar malvado atrae a personas malvadas.

S.K.

La luz se encendió de pronto y la súbita claridad le hizo daño. Llevaba tanto tiempo a oscuras que se había olvidado de que tenía los ojos abiertos. Estaba tirada en suelo. Las lascas de cemento y un frío helado se clavaban en su cuerpo. Probablemente tuviera una pierna rota.

Una mano agarró su brazo y tiró de ella con violencia. No podía ver sino fluorescentes sucediéndose uno detrás de otro y paredes grises. Alguien la arrastraba por un pasillo interminable, desgarrándole la piel de la espalda. Sus gritos no sirvieron de nada. Otros gritaban más fuerte.

Tres escalones le trajeron la oscuridad de nuevo. También hicieron crujir su cadera. Las punzadas de dolor se multiplicaban. La sentaron en una silla y recibió el golpetazo del cemento desnudo contra su cráneo. Después, pudo escuchar el chirrido de las patas metálicas de un taburete arañando el suelo. Se encendió entonces una bombilla frente a ella. El viejo la estaba mirando. Sonreía.

Acercó sus manos al cuerpo de la chica y lo palpó de arriba a abajo. Respiraba con dificultad, emitiendo un gruñido molesto, asmático. De vez en cuando hacía un chasquido nervioso con la lengua, como si quisiera despegarse un caramelo de los dientes.

Aquella piel, tan lisa y morena, le gustaba, pero tenía muchos arañazos. Los miembros eran largos, escualidos: no le servirían. Le llamaba la atención el pelo, quizá lo utilizara más tarde. Se permitió un segundo para pensar con qué cuchillo arrancárselo sin producir demasiados desperfectos en el rostro.

No obstante, lo que codiciaba de ella eran sus ojos. Esos sí los quería.

El viejo acercó una cuchara a su globo ocular.

El hombre intentó levantarse, pero, una vez más, cayó sobre el asfalto.

La paliza había sido brutal, aunque aún no la recordara. El lado derecho de su cuerpo estaba completamente entumecido, era posible que tuviera la pierna y el brazo fracturados. No sabía cuántas horas llevaba tirado en aquella cuneta; sin embargo presentía que si no lograba levantarse, iba a ocurrir algo horrible. Decidido a continuar, se giró sobre sí mismo y gateó hasta el quitamiedos.

Aferrándose a la valla metálica, consiguió al fin erguirse.

Se encontraba en lo alto de una loma. Abajo, el océano rugía reventando contra las rocas del acantilado. El hombre apoyó los dos pies en el barro y se esforzó en seguir ascendiendo por la carretera. Mientras lo hacía, le asaltaban imágenes desenfocadas, ruidos y una marea confusa de voces.

El viejo, busca al viejo.

Tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Apretó los párpados y maldijo en los dos idiomas que conocía. Debía recordar, tenía que hacerlo. Finalmente, sus rodillas cedieron y se desplomó de nuevo.

¡Matt!

El grito de una mujer acudió a su mente. Reunió fuerzas y, con dificultad, se ladeó para apoyar en la tierra el brazo sano. Un camino sin asfaltar se abría ante sus ojos, un sendero embarrado que desaparecía tras un recodo. Se arrastró hasta ponerse de pie junto a la pared de roca que bordeaba el precipicio, con la mirada fija en la penumbra donde se perdía de vista el camino, como si desde allí le llegaran palabras y recuerdos que su mente no era todavía capaz de ordenar. La mujer, los disparos, el viejo.

Corre, Matt, corre.

Un extraño sonido interfería entre todas aquellas voces repitiéndose constantemente como el estribillo de una canción infantil. Un chasquido húmedo, pegajoso.

Su mente lo reprodujo al fin con todo el horror que contenía. Sus músculos se tensaron.

¡*Yetch!*

Las piernas volvieron a flojearle y, extenuado, se arrodilló de nuevo en la cuneta. El dolor era insoportable, pero ahora ya sabía qué lo había llevado allí, sabía quién era y, lo más importante, sabía que apenas le quedaba tiempo.

Un rugido metálico quebró el silencio. En la carretera, varios metros más arriba, la reja de seguridad de un local acababa de ser abierta.

El policía se levantó y se dirigió hacia ella.

2

Linda tenía nueve años el día que murió.

Hasta entonces todo había sido normal.

3

Cuando Isaac se atrevió a abrir los ojos, la estancia seguía a oscuras. Llevaba tantas horas durmiendo que pudo sentir el grasiento restallido de los párpados al despegarse. Le dolía terriblemente la cabeza, como si amenazara con romperse en el siguiente latido. No obstante, la jaqueca no lo había despertado, sino el olor. El olor que despedían los demás.

No sabía cuántos eran, cuántos habría encerrados allí con él, pero podía oír sus lamentos y el goteo persistente de la sangre cayendo sobre el suelo. Y, aunque apenas alcanzaba a ver lo que sucedía a su alrededor, estaba seguro de que iba a ser el próximo.

Una vez que sus pupilas se acostumbraron a la penumbra, observó que un resquicio de luz se colaba en la habitación desde su espalda, una débil franja de claridad azul que cruzaba el cemento desnudo y se perdía en la oscuridad, al fondo. Con su ayuda, Isaac empezó a intuir las siluetas de los otros. Habría media docena, tal vez más, rodeándolo,

colgados como él de los ganchos del techo. Pero no podía verlos a todos porque era incapaz de darse la vuelta.

Isaac reconoció a su derecha dos cuerpos que se agitaban entre pesadillas. Uno de ellos era el de la mujer a la que un rato antes —imposible saber cuánto, la última vez que había estado despierto— le habían cortado el brazo. Al ver el reguero de sangre que se deslizaba por su costado, Isaac quiso gritar, pero la voz se negó a salir de su garganta. ¿Dónde estaban sus pulmones? Apartó la vista y trató de alejarse de la inútil claridad que le mostraba el horror en el que había despertado. Solo consiguió girar el rostro unos milímetros, el resto de su cuerpo no se movió siquiera.

La cabeza seguía doliéndole como si un clavo retorcido le rasgara el cerebro, pero eso era todo. Su sentido común se empeñaba en buscar una explicación a la ausencia de otro dolor que no fuera aquel, avivando de manera desmedida su miedo. Isaac lo comprendió al intentar mover las manos, al querer doblar una rodilla. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando al fin entendió que estaba muerto de cuello para abajo.

Minutos después, escuchó un rumor de pasos entre la maraña de quejidos. Alguien se acercaba por un interminable pasillo hacia la habitación. Cada vez sonaban más fuerte, como una siniestra amenaza que repicara entre las paredes en un ascenso visceral y desquiciante. Fueron interrumpidos entonces por un áspero carraspeo, al que siguió un desagradable chasquido como el que produce la lengua al intentar deshacerse de un chicle que se ha adherido al paladar —¡*Yetch!*—. Al oírlo, los que seguían conscientes empezaron a gritar, intentando en vano sacudir sus cuerpos inertes para zafarse de los ganchos.

El corazón de Isaac también latía desbocado, tronando contra los músculos muertos de su pecho. El hombre irrumpió en la penumbra y cruzó entre los cuerpos hasta perderse en la oscuridad absoluta del fondo de la habitación. Encendió un flexo al otro lado, una sucia bombilla que crepitó con un chirrido antes de iluminarse del todo. Zumbaba como un avispero mientras dejaba caer su débil luz

anaranjada sobre un escritorio desordenado y un par de estanterías metálicas, cargadas de libros y herramientas.

Para Isaac aquello no podía ser más que una pesadilla.

El hombre salió de la habitación, aunque regresó enseguida; y cuando pasó junto él, pudo ver que en llevaba la mitad de un brazo humano. El vómito se agolpó en la garganta del chico, quien, horrorizado, se esforzó por tragar y restablecer el ritmo de su respiración. El tipo se acomodó en un escritorio y pasó unos minutos revolviendo entre sus herramientas. Los condenados no dejaban de gritar. Isaac no podía sacárselos de la cabeza; empleaba toda su concentración en mantenerse sereno, en no pensar, en imaginar que no estaba allí y que nada de aquello estaba sucediendo, pero los chillidos atravesaban su armadura y desquiciaban sus nervios.

Rebuscaba en su mente recuerdos que le ayudaran a no dar forma a los sonidos que estaba escuchando. Metales, láminas de aluminio chocando entre sí, el silbido de las hojas de un libro yendo de un lado a otro. El hombre trabajaba en silencio, de espaldas a él. Inclinado sobre la mesa, ojeaba con atención un volumen ajado que sostenía en un atril junto al brazo inerte.

El chico apretó los párpados y tragó un nudo de saliva. Cerca de él, la joven del brazo amputado gemía en silencio. Isaac no pudo evitar recordar los gritos y el crujido astilloso de sus huesos al partirse cuando aquella bestia le extirpó la extremidad aún sin acabar de cortarla. Había operado de prisa y mal, casi a oscuras, como si no le importara el resultado, y se la había arrancado de cuajo cuando ya no tuvo más ganas de seguir cortando.

Los gritos crecían, pero aquel hombre parecía ajeno a ellos, acostumbrado a oírlos de día y de noche, una vez que las drogas que inyectaba a sus presas dejaban de hacer efecto. Isaac se esforzaba por ignorarlos, conteniendo la respiración y manteniendo a raya el pánico para que ningún gesto lo delatara e hiciera notar que no estaba dormido. Escuchaba los murmullos de su captor silabeando, masticando las palabras que leía en el aquel volumen manchado de sangre.

La agónica espera despertaba en Isaac una morbosa inquietud, así que volvió a dejar que su párpado se levantara apenas un milímetro. La mortecina luz incidía de lado sobre el hombre. Vestía un mono de trabajo oscuro y sucio. Sacó de su bolsillo una manzana y la mordió con ansia, sujetándola con sus dedos roñosos mientras comparaba las ilustraciones del manual con el brazo amputado que descansaba sobre la mesa. Los bordes partidos del cúbito y el radio asomaban blancos como trozos de marfil entre la carne desgarrada.

Sin embargo, no era el brazo de la muchacha. Isaac pudo distinguir que este era mucho más velludo y fuerte; sin duda, el de un hombre.

El tipo colocó la extremidad amputada a un lado, tomó de uno de los estantes una grasienta caja de plástico y empezó a rebuscar en ella hasta que sacó una retorcida aguja de coser cuero y un carrete de hilo. Tras ojear nuevamente el manual, puso la manzana y la aguja sobre la mesa y se acercó con el brazo en la mano hacia su colección de cuerpos colgantes. Pasó junto a Isaac, aunque pronto lo dejó atrás con grandes zancadas, deteniéndose en la penumbra frente a la muchacha herida. Agarró su muñón, le colocó debajo el brazo amputado y lo giró hasta que encajaron. Isaac no podía mover el cuello para averiguar qué estaba haciendo; no obstante, lo escuchaba murmurar, quejarse, escupir su repugnante chistido en un horrible tic. ¡*Yetch!*

«No sirve», le escuchó decir. De pronto, el hombre regresó de la oscuridad y se dirigió a su escritorio farfullando una maldición, tiró el trozo de extremidad contra una esquina, haciéndolo rebotar como un trozo de goma, y después miró a Isaac. Lo hizo fijamente, como si acabara de recordar que seguía ahí.

Sin mediar palabra, empezó a caminar hacia él.

En ese mismo instante, el chico sintió una bofetada de horror sacudiéndole el rostro. El aire quedó atrapado en su garganta como una enorme pelota de lana, reseca y rugosa. Intentó moverse, pero ninguno de sus miembros le respondía.

La respiración húmeda del anciano golpeó los párpados de Isaac.

Olía a tabaco amargo. En ese momento decidió abrirlos: lo descubrió examinando su brazo, girándolo a un lado y a otro.

Se mordió la lengua para no gritar.

Entonces el hombre asintió, se incorporó y, sonriendo, lo miró a los ojos. Isaac pudo ver entonces su mueca desdentada. El anciano chasqueó la lengua y tiró con fuerza del brazo para llevarlo hasta la mesa, arrastrándolo por el carril del que pendían los anclajes. Isaac apretaba los párpados para no mirar, sentía la sal de las lágrimas mezclándose en su boca con el sabor dulce de la sangre. Por alguna razón aún se mordía la lengua. Seguía empeñado en que no le oyera gritar. El viejo detuvo el cuerpo junto al flexo y pudo ver el resto del escritorio; estaba repleto de trozos de hueso, pedazos de carne y tendones, como en un mercadillo macabro. El tipo soltó el brazo de Isaac, que se balanceó a su costado como el péndulo de un antiguo reloj, pasó dos páginas del libro y se estiró para coger algo de la estantería. A continuación, se giró hacia él con una mugrienta sierra de hierro en la mano y lo agarró por el codo.

Cuando el viejo volvió a chasquear la lengua, Isaac olvidó la suya y empezó a gritar.

4

—Mierda...

El maldito despertador le reventó los tímpanos justo antes de que lo lanzara contra la puerta del armario. No recordaba haberlo programado tan temprano. Se sacó las sábanas de encima y se sentó en el borde de la cama, apretándose la cabeza con las manos.

Una botella vacía de vodka rodó por la moqueta, empujada por un pie que tanteaba el suelo buscando las zapatillas. Matt la observó perderse debajo de la cama. Harto de buscar, decidió levantarse descalzo. Al apoyarse en el colchón para ponerse de pie, recordó la herida del antebrazo. La puta bala había salido, esa era la noticia buena; la mala era que le habían cosido el agujero con el culo y no había manera

de que dejara de sangrar. Ahora la venda estaba sucia y pegada a la herida, formando un desagradable emplasto de sangre seca.

Cuando se levantó, toda la habitación empezó a darle vueltas al ritmo del inútil ventilador del techo. Tuvo que volver a sentarse. Hacía demasiado calor. Se frotó el cabello, corto y sucio como un cepillo viejo, y se tragó dos aspirinas del frasco que siempre tenía sobre la mesilla. Después subió las persianas para que entrara un poco de aire. Estaba siendo el final de verano más caluroso de los últimos años.

—Mierda...

Abandonó la ventana y se dirigió al montón de ropa apilada a los pies del armario, revisó sus vaqueros y encontró la petaca. Tanto calor le había dado sed.

—Ah, no, eso se acabó. —Susie irrumpió en la habitación desbordando una alegría que a Matt le sentó como una patada en la boca. Ni siquiera se molestó en cubrir su cuerpo desnudo ni en contestar a la mirada de reproche que le dedicó la chica cuando vio la colección de botellas vacías en el suelo—. Me prometiste que eso ya se había terminado...

Matt devolvió el tapón a la petaca y la tiró al suelo junto a la ropa. Susie se acercó a él ignorando su desnudez y le plantó un beso en la mejilla.

—Deberías afeitarte.

Susie era tan morena como lo había sido su madre; de hecho, ni siquiera parecía hija suya, pero ese era un tema zanjado. A todos los efectos, Susie era su pequeña. Había sacado, además, los ojos de su familia, por lo que no cabía duda.

Una negrita con los ojos grises era algo que no solía pasar desapercibido. Eso lo sacaba de quicio. Aunque lo peor era que la niña estaba creciendo. Esa mañana llevaba un vestido claro que ceñía demasiado una figura que ya no era infantil, y aunque Matt hacía tiempo que sospechaba que salía con chicos y tonteaba con drogas, sabía también que hacía mucho que había perdido todo control sobre ella.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —le recriminó. Su voz, mezclada con el alcohol, sonaba muy poco convincente.

—No tienes nada que no haya visto antes —canturreó ella.

—No me lo recuerdes —gruñó Matt—. Todavía soy tu padre.

5

El agua fría se deslizó entre las magulladuras de la espalda y del pecho empapando la venda del brazo, así que Matt tiró de ella y se arrancó lo que quedaba del apósito, haciendo que la herida volviera a sangrar. Cerró el grifo enseguida y salió de la ducha para secarla y cubrirla de nuevo con una gasa. El vendaje tenía ahora mucho mejor aspecto. Despejó con la mano el vaho del espejo y cogió la cuchilla de afeitar. Le llamaron la atención sus propios ojos, tan grises como los de su hija, reflejados en el cristal. Unos ojos cansados, viejos, aguados por el calor y el vodka. Entre los pelos rojos de la barba se adivinaban las diminutas cicatrices de las quemaduras que sufrió en aquel incendio. Susie era muy pequeña cuando ocurrió. También tenía marcas en el costado y en el muslo. En realidad ya no le dolían, pero seguían ahí para recordarle las palabras de su hija.

Dejó la cuchilla sin usar a un lado y se puso unos pantalones. Ya se afeitaría. Cuando bajó a desayunar, Susie se había marchado. Mierda. No era solo igual que su madre en el color de la piel, y eso que era lo único bueno que la niña había sacado de aquella zorra. Matt la había conocido a finales de los ochenta en Dublín; ella trabajaba como niñera de una familia irlandesa y hacía pocos meses que había llegado de España. Morena, caliente y latina, embrujó fácilmente al policía paleta. Un embarazo que no fue por accidente dio con el pelirrojo en las islas buscándose un lugar en el sistema policial español. Al poco de nacer Susie, aquella bruja le hizo la única herida que no aún había podido cicatrizar.

La nota decía: «Ya no te soporto». Nada más.

Desde entonces, había criado solo a su hija, aunque, demasiado a menudo, ella parecía olvidarlo.

El teléfono móvil del policía empezó a vibrar debajo de los papeles que tapizaban el sofá del salón. El sonido enlatado de «Stairway to Heaven» naufragó bajo un mar de informes hasta que Matt dio con el aparato. Todavía no eran las nueve de la mañana, así que no necesitaba mirar la pantalla para saber quién lo estaba llamando. Dejó terminar la canción y, cuando escuchó el pitido del mensaje, llamó a su buzón de voz. Activó el altavoz y dejó caer el móvil otra vez sobre los cojines. Segundos después, la voz empezó a hablar.

—Mierda.

6

Linda tenía nueve años el día que murió.

Pronto habría cumplido los dieciocho.

Damián, su padre, no podía quitarse esa idea de la cabeza. Recordaba vívidamente el instante en que el doctor había certificado su muerte, el momento en que aquel guardia de seguridad lo obligó a soltar la mano helada de su hija y a salir de la habitación. No había sido capaz de luchar contra la enfermedad, la misma que se había llevado a su madre unos años antes. Sin embargo, ahora Damián había decidido que nada podría arrebatarle a su pequeña.

Los pensamientos horribles lo acosaban siempre en noches solitarias como aquella, escondidos entre el zumbido de las luces halógenas y el rumor del generador eléctrico, sobre todo cuando las piezas que guardaba en el taller dormían bajo los efectos del suero. Pasaba las horas tumbado en el catre de su cubículo mirando a la oscuridad del pasillo, esperando a que Linda apareciera de repente y corriera a darle un beso.

Porque Linda estaba viva. Y pronto iba a ser su cumpleaños. Linda estaba en casa, esperándolo, deseando que terminara su regalo. Un regalo que iba a ser perfecto.

A Linda le encantaban las muñecas. Solía retocarlas siempre junto a su padre para hacerlas más bonitas. Les ponían otra ropa, les

cambiaban el pelo... Partes de una le podían quedar mejor a otra, igual que podían unirse para formar una muñeca mejor. Jamás desecharon ninguna, porque cuando alguna parecía estropeada, su hija lo buscaba en cualquier lugar y con aquella mirada tierna le pedía que se la arreglara. Entonces se encerraban juntos durante horas en el taller, con la pequeña sentada en las rodillas de papá, y cortaban, cosían, pegaban y pintaban hasta conseguir la más bonita de las muñecas, aún mejor que una nueva; y esa sonrisa en el rostro de su hija le hacía sentir grande, satisfecho, le ayudaba a creerse útil. Hacerla feliz era su dicha. Linda era todo lo que le quedaba después de la muerte de su esposa. No había dejado de regalarle muñecas durante todos estos años. Solo que ahora, con más medios, le podía conseguir muñecas mejores, más reales, muñecas que casi parecían vivas.

«Linda...», suspiró Damián a un paso del sueño.

Hacer muñecas mantenía unida a la familia.

Por eso también era natural que en el cumpleaños de su mayoría de edad, su regalo tuviera que ser el mejor de los que jamás le hubiera hecho, el más importante. Tenía preparada para ella una gran sorpresa, lo que siempre quiso: una enorme y preciosa casa de muñecas.

Había elaborado el diseño al milímetro y dedicado muchas horas a la preparación de cada detalle. Ahora que la fecha se acercaba, ya tenía preparadas la mayor parte de las muñecas. No resultaba fácil conseguir las piezas, de hecho, era bastante arriesgado y él lo sabía —no estaba loco—. Sin embargo, también era cierto que aún no tenía suficientes. Hacían falta más, muchas más.

Los gritos lo despertaron poco después del alba, señal de que el sueño había dejado de hacer efecto. Se incorporó y encendió la luz de los pasillos; las lámparas halógenas empezaron a zumbear por los túneles como un enjambre de abejas. Cuando llegó a la habitación, algunos ya se habían despertado, así que los sedó de nuevo y, tras cambiarse de ropa, se marchó a casa. Su jornada de trabajo empezaba en menos de dos horas.

Una vez en su piso, entró en el vestíbulo y dejó las llaves sobre la mesita. Echó un vistazo a la habitación de Linda, donde todo seguía tal y como lo había dejado, y preparó el desayuno. Después se duchó y se vistió con el uniforme de Guaguas Municipales. Cada mañana seguía la misma rutina.

A las ocho y media en punto estaba tocando en la puerta del supervisor en la estación de San Telmo.

Se subió a su autobús y encendió el motor.

7

La ciudad era pequeña. Pequeña y condenadamente caliente. *A bloody small town*, como hubiera dicho su padre, un policía irlandés de pura cepa. Además, estaba llena de gente. Y aunque contaba con uno de los más eficientes departamentos de policía del país, pasaban cosas. Matt podía dar fe de ello.

La llamada del comisario enviándolo a investigar un coche abandonado no le había hecho ni puta gracia. El vehículo estaba cerrado a cal y canto. Lo habían aparcado en la cuneta, al borde del barranco, en una de las carreteras menos frecuentadas de la ciudad que unía la zona alta en plena expansión con el sector marítimo del auditorio y los barrios de la playa. Se trataba de un turismo azul marino con dos ruedas reventadas. Un par de policías trajeados husmeaban en su interior a través de las ventanillas.

Matt aparcó su viejo coche al otro lado de la carretera y se bajó sin apagar el motor, no fuera que después no lograra ponerlo en marcha. Hacía tanto calor que el asfalto despedía un inquietante olor a plástico quemado.

El irlandés cruzó la calzada y saludó con la cabeza a los dos agentes. Él, que solo llevaba vaqueros y camisa, no entendía cómo aquel par de maderos podía respirar dentro de sus rígidos trajes sin vomitarse encima.

—¿Por qué me han llamado para esto? —protestó, acercándose al más viejo.

—¿No buscabas un coche nuevo? —le contestó uno entre risas. Era Adolfo Ruiz, inspector de homicidios. Matt se preguntó qué se le había perdido al departamento de fiambres en aquella cuneta.

—No veo ningún cadáver —apuntó, ignorando el comentario.

—Por eso te hemos llamado.

El segundo policía se apellidaba Ríos, aunque Matt ni siquiera recordaba su nombre. Era más alto y bastante más joven que Ruiz y, cuando terminó de examinar el vehículo, se unió a ellos.

—Hola, Rojo —lo saludó, estrechándole la mano. Un instante después, una Kangoo gris se detuvo detrás del coche de los policías y Ríos la señaló con la cabeza—. Aquí llega el cerrajero.

Un tipo sobrado de peso se bajó de la furgoneta y con aire cansino se dirigió a hacer su trabajo mientras Ruiz ofrecía a Matt un cigarrillo.

—No fumo —gruñó el irlandés.

Observaron en silencio los progresos del cerrajero. A los pocos minutos consiguió abrir la puerta y Ríos se introdujo en el coche con unos guantes de látex y un paquete de bolsas de plástico.

—Bien, cuéntame algo —dijo Matt al inspector Ruiz mientras su compañero examinaba el interior del vehículo.

—De acuerdo. —Ruiz abrió las tapas de su libreta, se mojó con la lengua la punta del dedo índice y pasó un par de páginas—. Volkswagen Polo del noventa y nueve, sin multas ni impuestos pendientes. No tiene marcas de haber sido forzado ni manchas de sangre. Pertenece a Isaac Jiménez, de veinticuatro años, estudiante de Medicina. La familia denunció su desaparición hace dos días, pero hasta hoy no habíamos encontrado el coche. Vinimos pensando que el cuerpo estaría dentro o, en todo caso, por los alrededores, pero no hemos dado con él.

—Ya, ahí es donde entro yo...

El policía cerró su cuaderno.

—Es tu campo, ¿no?

—Supongo...

Matt chasqueó la lengua y rezongó por lo bajo. Estaba hecho polvo. Le dolía la cabeza y sentía un desagradable zumbido en los oídos que

le rebotaba de una sien a otra. Intentó examinar el entorno, aunque al instante se dio por vencido.

—¿Una mala noche? —le preguntó Ruiz.

—Vete a la mierda —replicó el irlandés, engullendo dos aspirinas—. Oye, dime dónde coño estamos.

El inspector sonrió.

—Esta es la antigua carretera que llevaba al norte, la llamaban la carretera de Chile. Antes había que cogerla inevitablemente para subir a Las Torres, al cementerio y hasta para ir a Arucas, pero desde que hicieron la circunvalación no la utiliza ni Dios.

—No es un sitio muy popular, ¿verdad?

—Pues no. Si acaso pasan por aquí los que quieren unas buenas vistas de la ciudad o las parejas que buscan... Bueno, ya me entiendes, quedarse a solas.

—Ya... Aparte de los que viven por aquí...

—Claro, esos también. De hecho nuestro amigo Isaac vivía en Siete Palmas. —Ruiz pasó otra hoja de su bloc, comprobando los datos—. Esta carretera lleva hasta allí, aunque en algún momento se bajó del coche y no llegó a casa.

—Cuestión de neumáticos —apuntó Matt, señalando el par de reventones que lucía el Volkswagen.

—Eso parece —añadió Ruiz—. El caso es que aquí le perdemos la pista.

Matt y el inspector se acercaron al coche. Ríos estaba terminando el registro.

—Un paquete de chicles, otro de toallitas, un folleto del Carrefour y un euro setenta en monedas sueltas —detalló, emergiendo del interior del vehículo.

—¿Nada más? —le preguntó Ruiz.

—Bueno, los papeles del coche y algunos cedés.

—Qué tío más soso —apuntó Matt.

—Bueno, ahora es todo tuyo —contestó sonriendo el inspector.

—Ya veo...

—Sí, este tiene pinta de ser de los tuyos —concluyó el agente Ríos.

Los policías volvieron a cerrar el coche. Ríos estaba llamando al portero para que fuera a buscar el Polo mientras Ruiz pasaba a limpio sus notas para entregárselas a Matt. Este miraba al suelo, ausente.

—Toma, Rojo —le dijo el inspector, dándole una delgada carpeta azul con el escudo de la Dirección General de la Policía serigrafiado en la cubierta—. Esto es para ti.

—¿Adónde lleva ese camino? —les preguntó el irlandés mientras señalaba con el brazo una estrecha carretera mal asfaltada que unos metros más arriba se internaba en el barranco hasta perderse detrás de la montaña.

—¿No lo sabes? —comentó Ruiz frunciendo el ceño a la vez que miraba más allá de la escarpada ladera—. Al antiguo acuartelamiento Manuel Lois. —Matt lo miró como si no entendiera—. Solía ocuparlo la Marina, pero ya hace tres o cuatro años que está cerrado.

—Ahora se usa para competiciones de botellón —añadió Ríos llegando junto a ellos—. A ver quién es capaz de dejar más basura.

—También para impresionar a las chicas —continuó el inspector—. Ya sabes cómo va, los chiquillos juegan a hacerse los valientes colándose de noche en los cuarteles y metiéndose por los túneles.

—¿Túneles? —preguntó Matt. Los policías se encogieron de hombros.

—Hay todo un mundo subterráneo ahí abajo.

Matt se quedó de pie hojeando las notas de Ruiz mientras los dos agentes subían a su coche y arrancaban el motor. El inspector iba al volante y giró para acercarse a él antes de irse.

—Buena suerte, Rojo, nos vamos. —El irlandés asintió sin levantar los ojos. Ruiz lo conocía bien. Lo observó durante unos segundos, preocupado—. Oye, Matt, ¿qué tal la niña?

El policía dejó de leer y miró al inspector por encima de las gafas de sol, sin evitar el esbozo de una sonrisa amarga.

—Bien, bien. Cada vez mejor —dijo.

—¿Seguro?

Matt resopló, no quería hablar de ello.

—Bueno, ya sabes, nos vamos adaptando...

—Chicos, ¿verdad?

Chicos, *piercings*, alcohol, drogas... Ruiz tenía dos hijas mayores que Susie, sabía bien cuáles eran las preocupaciones que podían acosar a Matt cada noche.

—Sí, algo así.

El viejo inspector sonrió mientras daba la vuelta con el coche.

—Es la peor edad —aseveró—. Tranquilo, lo estás haciendo bien.

Ruiz le guiñó un ojo antes de perderse carretera abajo hacia el barrio de Guanarteme.

—Vete al carajo —murmuró Matt.

El policía echó un último vistazo al interior del Polo y después se asomó al acantilado que gobernaba la playa y el nuevo auditorio. Subió a su tartana y arrancó con la intención de dirigirse al norte, hacia los barrios de Las Torres y Siete Palmas, donde vivía la familia del chico. Sin embargo, no había recorrido todavía quince metros cuando tomó una curva cerrada a la derecha y se encontró de frente con una parada de guaguas. Detuvo el coche. La carretera seguía ascendiendo, pero lo importante en aquella curva era, sin duda, la parada.

Matt se rascó la cabeza y tomó nota en una de las hojas de la carpeta de Ruiz.

En el coche de Isaac había dinero. Si tenía las dos ruedas pinchadas, ¿por qué no había vuelto a casa en autobús? Matt cruzó la calzada y paseó hacia abajo; una vez en la curva, pudo ver el Polo de Isaac esperando al potrero. Si el chico tomaba esa carretera cada día, sabría de sobra de la existencia de una parada a pocos metros del accidente. Según el inspector, su familia no sabía nada de él desde hacía ya cuarenta y ocho horas. Si no lo sacaron del coche a la fuerza, Matt estaba seguro de que había cogido el autobús. Lo que estaba claro era que, si lo hizo, no fue para regresar a casa.